

Domingo Melfi D.

El hombre y la soledad en las tierras magallánicas

I PARTE

EL PAISAJE

Camino del archipiélago



CUANDO se penetra a través del golfo ancho y profundo de Reloncaví en demanda de las regiones australes, la sensación que se experimenta es la del descenso hacia una tierra sumergida. Por lo menos esa sospecha nos hiere misteriosamente en el corazón. Se diría que bajamos por una gradería labrada en escarpas invisibles para internarnos, luego, en las sendas de un valle martirizado por convulsiones telúricas.

Hemos penetrado en la región de las islas verdes y de los bifurcamientos inverosímiles. El valle central que se interrumpe bruscamente en Puerto Montt, parece extenderse hacia el sur, a lo largo de los anchos estuarios y las profundas bahías que forman los canales. Chiloé,

la Isla Grande, semeja un refugio en medio de las tormentas. Ha quedado allí como una lonja resistente, al modo de un bastión formidable. El costado oriental está dentado, maltrecho, cubierto con la escoria de los sacudimientos geológicos. Pero el paisaje idílico y luminoso, no obstante la humedad que flota sobre la atmósfera, contrasta con esta sensación de acabamiento de la tierra que produce en el ánimo el sendero innumerable de los canales. Unas montañas bajas y redondeadas que se yerguen hacia el occidente, semejantes a vértebras monstruosas, recuerdan los cordones de cerros de la cordillera de la costa que hemos dejado dormidos a todo lo largo del valle central. Sus líneas y hondonadas son idénticas a las de tierra firme y el cordón nevado de la cordillera de los Andes se estira también por el oriente, en la misma sucesión de cadenas decoradas por los picos enhiestos de los volcanes.

Bordeamos el canal Apiao, Lemuy, la punta Centinela y penetramos en el golfo de Corcovado. El canal de Guafo, en el cual está recostada la isla baja, húmeda, negra, que le da nombre, cubierta de cendales de bruma, sombría e impresionante, abre a nuestra vista la ancha y misteriosa perspectiva del Pacífico. Pero nosotros no entraremos en la llanura movible del mar, no iremos costeando los acantilados abruptos de la ribera sinuosa y tormentosa. Llevamos otro derrotero, por el interior de los canales, hacia las tierras y mares nebulosos y fríos del sur.

Las islas del archipiélago de Chiloé se ofrecen en la mágica expresión de sus perspectivas verdes. El mar que las ciñe es calmo y casi humano. Las embarcaciones entran o se alejan de las caletas, doblan seguras los cabos y puntas, se internan en los laberintos de los canales y realizan el tráfico de productos entre los poblados de las costas. Hay casas y templos en la ribera de las islas, tierras sembradas, melgas de papas, árboles y chozas. Lanchas de pescadores cabecean, amarradas en los pontones negros de las ensenadas. Algunos caseríos levantan su amontonamiento de viviendas, blancas y rojas, agarrados a las peñas. Humos lánguidos flotan en la calma del aire. La vida está en todas partes y el hombre es el dueño de esas regiones. El mar de los canales chilotes no impresiona ni sobrecoje, con la adusta sospecha del mar patagónico.

Vive en las islas una población semiabandonada entre el verdor maravilloso de los paisajes y las inmensas ensenadas sembradas aquí y allá de restos de naufragios. Los vientos tormentosos del invierno que aullan en el extremo de los promontorios, soplan su furia sobre las costas y destrozan las embarcaciones de los pescadores. Allí quedan con sus cuadernas como osamentas de animales marinos y sus palos como brazos maldicientes, estirados hacia lo alto.

En los bosques de alerce o de mañiu, del interior, se enreda una población misérrima que no posee medios para explotar las grandes extensiones boscosas. Otros hombres han cumplido esa labor y han dejado

apenas la huella rojiza sobre la tierra húmeda. Al chilote le ha quedado la belleza de los campos, la diafanidad del cielo, cuando el tiempo es favorable, las lluvias incesantes, las espumas altas y movibles del mar que bate a lo lejos, su ira implacable y los cultivos de papas, la pesca y la caza de lobos.

Son innumerables los pobladores que emigraron hacia Patagonia o Tierra del Fuego o bien hacia las regiones de las colonias alemanas del continente; incontables los que desaparecieron en los bosques, sepultados por las tempestades; incontables los que se han hundido con sus embarcaciones en los canales y muchos los que huyeron de la miseria sin que nunca hayan vuelto a su tierra nativa.

Sobre las tierras fértiles y sobre las tierras en que crecen las supersticiones, pasan a menudo, ráfagas quemantes de explotación que no dejan sino las cenizas de los esfuerzos para arrancarles las fáciles riquezas y una desesperanza resignada y fatalista en sus habitantes. Existieron en otro tiempo en Chiloé, grandes posibilidades de explotación industrial; pero la capital permaneció sorda como es de rigor, al clamor de aquellas regiones. Unos extranjeros esforzados y algunos hombres audaces venidos del centro del país, formaron compañías de explotación y establecieron aserraderos, que aprovecharon las inmensas reservas de rica madera de que estaban formados sus bosques. Había en ellos: alerce, mañiu, ciprés, roble, coihue, pero la pobreza proverbial de los hombres de esas tierras, apenas si habían

podido extraer pequeñas cargas de leña para el uso familiar. No había sendas ni caminos, sino buellas torcidas e inaccesibles. Los hombres de la costa se dedicaban a la caza de nutria y lobos. Por una piel de esos animales recibían una piltrafa y a cambio de los productos agrícolas que cultivaban con penoso esfuerzo, pagos mezquinos que apenas les bastaba para subsistir. La gran riqueza de la madera se iba toda hacia otras latitudes.

Las grandes distancias entre las islas y los centros poblados y ricos del territorio, y la evidencia del abandono en que yacían, sin esperanza, años de años, fijó la psicología fatal del aislamiento y entregó a la errancia el espíritu desconfiado de esas gentes. El chilote sorteó tormentas y huracanes con la misma energía somnolienta del alacalufe. Cambalacheó como pudo sus productos de pesca y cacería a los comerciantes astutos que acudían de otras regiones del centro y entregó por un mendrugo de dinero, especies cuyo subido valor podía aquilatarse, más tarde, en las transacciones que se hacían en los centros comerciales y en las ferias de las ciudades ricas. En ciertas épocas del año salían de las costas chilotas, columnas de pobladores que se dirigían con sus sacos al hombro hacia tierras más generosas. El chilote es fuerte, incansable para el trabajo. No es raro que los colonizadores de Tierra del Fuego, los colonos alemanes y los estancieros de Santa Cruz y Río Gallegos, lo prefirieran a otros elementos y le entregaran la responsabilidad de las más duras faenas.

La emigración, forzada por la condición precaria económica de las islas, despobló tierras que aun permanecen casi vírgenes, y que están sembradas de pantanos insalvables y cubiertas de troncos de árboles que obstruyen todas las sendas.

En las exploraciones de las selvas interiores del archipiélago, los nativos guiaron la marcha de los hombres de ciencia. Una agilidad y una destreza pasmosas, unidas a un vigor físico potente, fueron las virtudes de esa raza de navegantes y de aventureros. Para ellos no había paso difícil ni cerrazón obstinada de los bosques. Abrían a machetazos el camino por el cual debía irrumpir la ciencia, derribando los árboles; remontaban el curso torrencioso de los ríos patagónicos y llevaban a hombres las lanchas, cuando la corriente les impedía tercamente el avance. En sus dalcas frágiles, se internaron por entre las abras, descubriendo pasos y desfiladeros líquidos cuya sola presencia sobrecogía el corazón del más fuerte. Para ellos todo era posible y fácil porque la infancia fué un continuo mecerse sobre los bongos y la adolescencia un vagar incesante entre los bosques y un reconocimiento continuo de las sendas inextricables entre espesos matorrales de chilcos y tepúes.

La cabeza monstruosa del centralismo dejó indolente, debilitarse esas energías sin afianzarlas en el dominio de la tierra que es lo único que, en un pueblo aventurero o cazador o pescador, le impide dispersarse en la errancia continua y agotadora. Los latifundistas agrupa-

ron inmensas extensiones de tierras en sus manos y dejaron dentro de ellas extensiones fantásticas sin cultivo alguno... El pueblo famélico, entre tanto, desgastaba sus energías en menesteres de escaso rendimiento. A través de las tierras incultivadas, desfilaban los cazadores, los hombres errantes, que buscaban su alimento, piltrafas humanas que pasaban con su saquito a la espalda, se asomaban a las ensenadas o seguían el curso de los ríos para llegar a las desembocaduras, desde donde abandonaban para siempre la tierra de sus antepasados.

El puño crispado de los cerros

A pesar de las tormentas, el mar de estas islas, es como decimos, un mar casi humano. Las riberas están pobladas. Hay en ellas aldeas, caseríos y hacinamientos de chozas de pescadores. Algunos establecimientos industriales yerguen sus chimeneas y ciertas poblaciones de casas rojas y blancas impresionan con una visión de pequeñas ciudades europeas. La vida extiende sus manos pródigas, pues en donde hay comunidad y el hombre comercia en sus embarcaciones, palpita la sensación de una vida acogedora. En el anochecer la lumbre de los caseríos enciende sus mil luminarias sobre el oscuro espesor de la inmensidad. A veces resuenan voces en la orilla que el viento desfleca y arrastra entre sus alas ondeantes. Ladran los perros al barco que se desliza en silencio. Ladran a la noche temerosa o a los fantasmas que pueblan las soledades. Deben rondar por allí cerca, los moradores de la superstición: el

«Thrauco» que se desprende de los murtales con su hachita de piedra o bien la «Fiura» que remueve los «thraiguenes» y salta como una llama encarnada hacia las orillas.

Pero hemos penetrado ya en el Canal de Moraleda y comienza a mostrarse el puño crispado de los cerros patagónicos. Empieza la soledad, el desierto líquido, la región adusta de ese valle central, de aguas alborotadas y de vientos afilados como agujas de nieve. Ya no tendremos otra compañía que el silencio ni otra perspectiva que la de un vasto laberinto de islas y canales que se bifurcan como las venas de un gigantesco cuerpo despedazado. Las nieblas viajarán por delante de nosotros, cruzarán los cielos tempestuosos o encapucharán con oscuras cortinas las puntas de los picos nevados. Hemos penetrado en la región de los contrastes, en la región de los días sombríos y de las noches profundas, de las tardes luminosas de sol, de los ventisqueros impresionante, y de las calmas insoportables; en la región de los horizontes diáfanos y de los mares borrascosos.

La naturaleza sobre los canales patagónicos, es, en gran parte, agria y hostil. Se yergue en el sospechoso y agazapado perfil de sus cerros duros y pelados que parecen levantarse después de un cataclismo telúrico, destrozados e hirvientes de enconos.

El sol fulge a veces, como un dardo de oro por entre los desgarrones de nubes sobre los picos nevados y

se diría que la luz pulveriza la nieve y le arranca esquirlas luminosas que se deshacen en el azul. Pero luego la niebla vuelve a cerrar los horizontes altos e inaccesibles y arrebuja en pesados cendales de bruma, los cabos grises, los golfos desiertos, las abras y ensenadas, las islas y el verde agresivo de los follajes coriáceos.

El agua es turbia, profunda, insondable. Una emoción sucede a otra. Detrás de un canal se extiende otro, detrás de las islas aparecen otras islas. Las cadenas de cerros nos siguen o se muestran como manadas de elefantes. Levantan sus lomos reñosos sobre los cuales la nieve resbala en largas estriás. O bien la piel se reviste como de un pelaje hirsuto y apretado: son los bosques que se agarran a las faldas, bosques de un verde oscuro, o de un verde de algas, casi metálico.

La nieve baja, en ocasiones, hasta el borde mismo del agua, en una ancha cinta. Es tan pura como una piel virgen, pero es tan blanca que no hay término de comparación con lo más blanco que haya creado la naturaleza.

La soledad es palpable, tangible. Es la soledad del primer día de la vida. La soledad espesa y taciturna, vigilante y petrificada. Está hecha de espectación, de fiereza. Desciende desde las cumbres blancas, impregnada de claridad o de humedad o brota, del fondo de los matorrales de las islas. El corazón late apresurado y el espíritu dialoga inútilmente con ese mundo deshabitado que nos estrecha entre sus riberas inmóviles y abruptas. Un mundo sin humanidad, una zona arroja-

da desde no sabemos que astro desconocido, desgarrada y acribillada, hecha fragmentos, aportillada por colosales instrumentos de hierro . . .

Delante de nosotros el horizonte se enfosquece, gruñe en su sombrío silencio de agua y piedra y bosques. Cierra como un puño crispado sus vértebras de rocas y parece empecinado en impedir el paso a todo ser viviente. De pronto, todo aquel hacinamiento de cerros y escarpas filudas se ensancha en una explanada líquida, se vierte en la tranquila presencia de otro canal interminable, ceñido por cerros boscosos o lisos, estrechado entre cadenas de cerros grises, verdes o blancos.

Por detrás de esas primeras cadenas de montes, se enderezan los agudos conos de nieve sobre cuyas faldas las nieblas se agazapan al modo de monstruos mitológicos. Cuando volvemos la vista para examinar el camino recorrido, vemos el horizonte apretado, endurecido por un cielo bajo y pesado de nubes. La estela del barco en el agua es ancha, parece de metal derretido. Impresiona como una huella sobre una superficie dura. La estela permanece, subsiste, se fija en el cristal de plomo, no se borra sino después de mucho tiempo.

Volvemos hacia popa. El camino torna a oprimirse. Se enjuta de nuevo para abrirse más tarde en dos bastiones paralelos, entre los cuales avanzamos lentamente. Cuando por fin esta estrecha garganta de agua, se derrama en un nuevo y vasto golfo que circundan en la lejanía cordones de cerros plomizos, surgen delante de

nosotros los glaciares que desembocan vertiginosos sobre el mar. Anchos y blancos, bajan petrificados hasta el borde del canal. Están allí desde hace siglos, en la muerta inmovilidad de su destino. Un golpe de sol, sorpresivo e inesperado, les infunde, por un instante, una vida milagrosa. Se llenan de fisuras azules, de grietas hondas y luminosas y se diría que sobre ellos ha descendido el gozo de una secreta voluptuosidad.

Estos anchos torrentes congelados semejan, vistos a distancia, senderos de espumas o de algodón, oprimidos por cadenas de cerros enjutos que custodian el sueño blanco, la petrificada soledad blanca.

Los témpanos

Algunos trozos de hielo se desprenden de esa masa gigante y vuelcan sobre la superficie un hervidero de olas. Echan a bogar sin destino deshaciéndose un poco en cada hora, pero tan imperceptiblemente que su espesor apenas si disminuye. El agua esculpe en ellos, lenta y docta, figuras casi humanas, signos extraños, actitudes sorprendentes. Son innumerables, unos más grandes que otros, unos más antiguos que otros. Unas veces simulan castillejos de hadas, otras son delfines o cisnes enormes o, bien, pequeñas barcas ágiles y blancas que se deslizan impulsadas por el viento. El agua tenaz les va pulimentando los bordes, suavizando sus aristas, lamiendo los senos y los flancos, alivianándolos, en fin, hasta convertirlos en los fantasmas de un mundo qui-

mérico. Impresionan como si fueran los testimonios de una edad desaparecida. Este mundo fragmentado y blanco que se mueve sobre el agua verdosa no tiene expresión alguna de vida. Nada palpita allí de acogedor sino la helada sensación de lo inerte, el sueño congelado, la paralización total de la sangre. Una inmensa necrópolis agitada por un hervor subterráneo. No podrían vivir allí sino los fantasmas que la imaginación acumula o crea, sobresaltada, en los lugares más inhospitalarios del planeta.

Los pequeños témpanos viajan cuneándose al amor de los suaves oleajes. Pero la luz crepuscular los impregna de coloraciones y matices fantásticos. Se vuelven translúcidos, livianos, frágiles. Cuando el sol los descubre en su camino, se encienden en ellos o, a través de sus blancas paredes los tonos de luz más prodigiosos que puede concebir la imaginación. Vibran lentos en la combustión deleitosa del color. El rojo es como la sangre pálida de los organismos anémicos; un rosa de desazón, de debilidad extrema, pero fino y evanescente. El verde diáfano recuerda el renuevo de los helechos. El amarillo es como el oro derretido. El azul es el espejo quieto de los remansos de estío. O bien una turquesa viva. Balancean su muerte inevitable en la irisación de la luz. Algunos son como grumos de nieve transida de rubor. Los más pequeños, los que son más fácilmente llevados hasta la ribera de las islas, simulan una bandada de patos que se persiguen junto a los bosques de la orilla.

Una tarde vimos detrás del ventisquero de San Rafael, en las inmediaciones del Istmo de Ofqui, un cono nevado que ardía al sol, cubierto de oro. La falda del monte era de un rojo de sangre. Hacia abajo corría, endurecido, el torrente de hielo. Aquel cono se levantaba sobre el cielo azul, a esa hora, al modo de un centinela gallardo y prepotente. Perfilaba su arista luminosa y de ella parecía desprenderse un vaho que llenaba de claridad el río de los Témpanos por el cual navegábamos lentamente. Volvimos a doblar la punta del Leopardo, montuosa y larga como un pez espada, cruzamos el paso hirviente de Quetzauet y embocamos de nuevo en el Canal de Elefantes.

La noche en la soledad

La noche estaba ya encima de nosotros. Había surgido lenta y como agazapada también en el largo crepúsculo austral. Brotaba de los acantilados, de los bosques apretados y oscuros, del sumergido silencio de las islas, del fondo impenetrable del agua. Una noche helada y negra. Las estrellas brillaban bajas, cercanas al mundo deshabitado de los canales. La noche del sur cargada de grandes astros, fría y estremecida de presagios. En vano buscábamos una luz en el espesor de aquellas masas de cerros que se sumergían en el océano negro de la atmósfera. Ni una luz, ni una leve inquietud humana. Nada señalaba allí la vida en agitación, como no fuera el chapoteo del agua

en los costados del barco. Nada fulgía en las orillas que se borraban despacio y de las cuales apenas podíamos distinguir la masa más negra de los árboles, desvanecidos, luego también, en el hondor definitivo de la negrura. Queríamos sentir la intimidad que se desprende, aun presentida a la distancia, de una choza en la que palpita una pequeña lumbre, encendida para disipar las sombras envolventes y para acercar a los moradores en la misma tibieza del común desamparo. Se obstinaba en nuestro corazón esta imperiosa necesidad de calmar nuestra ansiedad de vida humana en esas espantables soledades. Una brizna siquiera de latido humano. Un paso o una sombra detrás de una ventana iluminada... Porque no podíamos concebir que existiera una región de nuestro territorio en tal y tan dramático abandono. Y sin embargo, allí viven la soledad, y el silencio, definitivos.

En los faros automáticos que señalan las rutas y permiten a los barcos sortear los bancos fatales y los pasos peligrosos, colocados en los montículos de la ribera, tampoco se sentía la presencia del hombre. Se yerguen como diminutos torreones parecidos a los peones del ajedrez, pintados de blanco, a lo largo de los canales. Pestañean isócronos, en pausas rítmicas, cada cierto número de segundos, mediante la técnica de un sabio mecanismo. Señalan el camino y no abrigan, por cierto, como otros faros, en su interior, el más mínimo latido humano. Estan allí abandonados, como los árboles, como los cipreses, como los robles, como

los petreles que rozan con sus vuelos rápidos las cimas peladas de los cerros.

Nunca hemos sentido con más violencia en el corazón, la profunda soledad de la noche sobre el mar. Noche opresora extendida hacia lo remoto e indeterminado. Noche abrumada de astros centelleantes y de sombras hirsutas. Por esas zonas han cruzado todos sin detenerse, han desfilado hombres de todas las razas y de todos los temperamentos sin dejar huella alguna de su paso. La estela de los barcos se borra y solo surgen a distancia, cada cierto tiempo, cascos agujereados, restos de negras chimeneas, que, evocan la dramática angustia de los naufragos en esos parajes solitarios. Se aplasta sobre este mundo la sensación del más brutal desamparo. Nuestro barco estuvo allí una noche detenido, en una ensenada ancha y tranquila, esperando las primeras luces del amanecer para reanudar su marcha. Sobre la cubierta sentimos caer el voraz silencio, la llovizna interminable de la soledad que caía de las estrellas y brotaba de las orillas. Las luces del barco ondulaban en el agua, penetraban como culebrinas de oro y a pocos pasos, hacia los lados, se condensaba el negro más negro de la naturaleza.

Evocamos la noche de los navegantes primeros que cruzaron estas soledades sin saber a qué destino les llevaba el rumbo contradictorio de los vientos feroces. Ladrillero y Sarmiento de Gamboa, debieron recoger sus velas al amparo de estas ensenadas, insidiosas entonces, para orientar la angustia de sus corazones de

aventureros. Hombres gigantescos, corazones endurecidos por las largas navegaciones debieron soportar penurias infinitas y terrores cósmicos. ¿Qué había detrás de esos golfos, de las islas sobrecogidas cuyo interior desconocían, en el fondo de los bosques espesos que cerraban la mirada a toda esperanza; detrás de las abras y los desfiladeros innumerables? ¿Qué seres monstruosos o tribus crueles les saldrían al paso desde la boca de los surgideros o de detrás de los promontorios negros que se veían a la distancia y por delante de los cuales les era imprescindible pasar?

Era necesario tener dentro del pecho un corazón sólido, capaz de soportar sin romperse, el suplicio forzado de la soledad, mil veces más agotador que el más refinado de los tormentos. Era preciso ser dueño de una voluntad acerada y tensa, firme como las rocas de los mares que surcaban, a prueba de desalientos y vacilaciones, dispuesta a afrontar no sólo la arremetida de los elementos desencadenados de la naturaleza que se descargaban sobre sus frágiles navíos, sino las insidiosas y rencorosas tormentas que estallaban a bordo, encabezadas por los descontentos, por los ambiciosos, por los oscuros capitanes levantiscos a los cuales mordía la fiebre del oro e impulsaba también al crimen la misma desesperación que provoca la soledad prolongada. . . Era necesario soportar con el alma enhiesta, durante muchos días la pesadumbre de las vastas soledades esféricas del cielo y del mar y por las noches interminables,

los cielos de tinta cuyas estrellas movibles salpicaba de espumas la ira tumultuosa de las olas.

Estos canales estaban llenos de sorpresas, de escollos invisibles, de bancos mortales, de arrecifes cuya posición era enteramente desconocida. Y han sido necesarios muchos estudios y muchas expediciones científicas para señalar los puntos exactos en que el barco debe desviar su ruta a fin de salvar las cargas humanas que lleva a bordo. Desde Ladrillero, Cortés Ojea, Sarmiento de Gamboa, Moraleda y otros; desde los oficiales ingleses de las expediciones corsarias hasta los oficiales de nuestra marina que han realizado largos cruces por estos mares, estudiando minuciosamente los peligros y descubriendo nuevos pasos, han mediado siglos de esfuerzo y de paciencia. Los primeros exploradores fueron gigantescos hombres de empresa. Los corsarios ingleses, franceses y holandeses junto con sus depredaciones y piraterías, ampliaron el dominio de los derroteros de los mares del sur. Abrieron brechas y sendas nuevas y trazaron cartas geográficas, muchas de las cuales hoy mismo no han sido rectificadas.

Los oficiales chilenos, han realizado trabajos improbos en los laberintos patagónicos, marcando todas las zonas, ensenadas, montes, abras, desfiladeros, gargantas, islas y ventisqueros que llenan las regiones patagónicas. A ellos se debe el más completo y profundo estudio hidrográfico que poseemos y muchos de ellos perdieron la vida en los traidores arrecifes sorpresivos

que las mareas ocultaban a la ruta de los barcos exploradores.

Así evocábamos en la noche negra el rápido recuento de tantas hazañas cumplidas en estos mares solitarios. Sarmiento de Gamboa, en los canales del extremo sur, al cruzar el Estrecho de Magallanes, fué sorprendido por terribles borrascas. Cuando más tarde hizo el relato de su expedición, recordó los vientos huracanados y dijo gráficamente que «le parecía que todos los elementos andaban hechos un ovillo». Esta era por cierto la expresión más exacta. Toda la naturaleza, montes, aguas, árboles, nubes y cielo se crispan y se revuelven para dar la sensación de un ovillo que rueda sobre el paisaje y arrastra todo a su paso con furia indescriptible.

El gozo de la luz

Pero hay también en estos parajes, los días claros, los días de sol, los días espléndidos. Cuando el sol recobra su dominio, la naturaleza recobra, a su vez, su noble fantasía, su ritmo de plenitud. Parece otro el paisaje, otra la configuración de los contornos que envuelve el agua. El horizonte se ensancha, se llena de pasión y de ternura. El sol enciende la soledad y le comunica un esplendor irreal. Las islas se levantan como jardines y parecen también dominadas por la alegría frenética de la luz. El agua fulge al modo de un diamante. Se embriaga de irisaciones, de matices sutiles. El agua se dobla fina y lánguida, se entrega a esta voluptuosidad

de posesión, rendida, penetrada por las fibras impalpables de oro que el sol siembra desde lo alto. Es un estremecimiento de venas ardientes y delgadas, como los hilos que teje la araña. Suben y bajan desde el fondo de los canales transparentes hasta el verde ahora tierno de los árboles.

El agua se encalma prodigiosa de sueños, se extiende tersa como una lámina. El espesor de los bosques que se precipitan sobre el agua, tamiza su vaho verde sobre el liso cristal. No se sabe si el cristal es azul o es verde, tan intangible es la compenetración de un color en otro. Al fondo de las abras, en las lejanías, entre dos cadenas de cerros, la luz vibra transparente, suave, semejante a una gasa de lino celeste. Unos tras otros se suceden, tan pronto delante de nosotros como a nuestro costado, islas de esmeralda y canales azules. Los caños más estrechos se internan entre los cerros boscosos y abren lagos en reposo, turquesas inmóviles, que recuerdan las lagunas dormidas entre los árboles, en las siestas del valle central.

El viento, entre tanto, está detenido. Euredado en los árboles o recostado en las riberas, como adormecido en el sortilegio de esa placidez de acuario. Ni murmullos ni desperazamientos entre las frondas o entre los cordajes del navío. Obediente al milagro del sol que todo lo diviniza y corrige, el viento se recoge en sí mismo y se encalma.

Al paso del barco, el agua ondula sin romperse. Aleja sus olas como si fueran una masa de hule y las

desvanece suavemente en las riberas. Hilachas de agua espumosa caen desde lo alto de los cerros al canal. Miradas a la distancia parecen inmóviles, tal que si se hubieran detenido congeladas. Pero a medida que nos acercamos, su rumor de cascada enciende la sensación de la vida. Es la vida única que vibra en medio de ese silencio azul y verde de la naturaleza. La luz está limpia, liviana. Parece formada por la nieve más pura, por el verde más tierno y por el azul más diáfano. Una luz sin estremecimientos, como aposentada entre el cielo y la tierra. La nieve que corona los picos agudos, esplende blanca y cegadora. Un blanco tan luminoso y a la vez tan inexistente como un sueño.

Las cresterías de los cerros recortan en el azul su dramática y enrojecida agresividad. Las faldas descienden cubiertas de escoriaduras; de grietas y cicatrices profundas en las cuales, la luz enciende reflejos metálicos, arranca esquirlas que saltan como chispas de colores. Toda la inmensa landa de agua y de cerros, de nieve y de bosques, absorbe el milagro, se rinde al amor de esta sensación infinita y poderosa en que todo se aliviana de sus escorias, de sus tragedias telúricas, de sus colores sombríos, de sus venas hinchadas de rencor. El paisaje está pleno de gravidez luminosa. No hay sino quietud, quietud definitiva e imprevista. La vida fluye lenta y su palpitación es suave como el latido de un corazón, sin premura ni cansancio. No sabríamos forjar nada superior a esa realidad

esplendorosa y liviana. En el fondo de los bosques fermenta la vida y se robustecen los légamos fecundos. No sentimos la ausencia del hombre, por una especie de contradicción extraña, que hace que lo echemos de menos en los lugares abruptos y trágicos, entre las tormentas y los vientos y no en este remanso de serenidad inexplicable, en esta zona que parece divinizada por el sol, y en la que los seres humanos podrían vivir como en un paraíso.

Pero no es posible a nadie vivir en estos lugares. Sus tierras son duras y estériles y los vientos chafan todas las yerbas y pulverizan todos los sueños y esperanzas. Nada crece en esta piel dura, no hay siembras que prosperen, ni árboles que den frutos. La nieve quema los brotes amigos del hombre y los troncos se desgajan en cuanto salen de la zona accidentada en que les tocó crecer y vivir. El viento barre inclemente la costra de los faldeos y durante días y noches sopla incansable, achaparrando las copas resistentes de los arbustos. Ni pájaros ni nidos. La intimidad está proscrita, porque ella es el fruto de la comunidad y del esfuerzo de los hombres reunidos. El pájaro sólo se habitúa en los sitios en que el hombre está cerca. Aunque el hombre sea un ser cruel, el pájaro le busca para seguir sus pasos y para hacerle plácida la vida.

Pero hay las hoscas aves carniceras que rondan en amplios vuelos zahareños, de alas poderosas, de pecho robusto, grises como fragmentos desprendidos de los ce-

rros, de ojos avizores, rápidas y seguras en sus vuelos. Estas aves dominan la inmensidad. Están hechas para las tormentas, para desafiar los vientos aullantes y persistentes y a veces en una ráfaga se equilibran y ruedan lejos, arrastradas por el impulso violento del huracán. Pero no acobardan, porque sus patas son resistentes y sus alas anchas y fuertes, semejan remos. Vuelven una vez más a cabalgar sobre los lomos del viento y así viven su vida ágiles y dueñas de la soledad. Su corvo pico de rapiña acometió ya en otros tiempos, a los infelices ahorcados por los piratas en las orillas de los canales. Un golpe certero a los ojos y el hueco sangrante quedaba allí como la muestra de la ferocidad del rapaz. Vuelan a veces rectos como flechas.

Alacalufes

Los primeros alacalufes que hemos encontrado en nuestro camino, se desprenden de una pequeña isla verde, en las cercanías de la bahía desolada de Puerto Bueno. Bogan lentamente hacia nosotros en una piragua tosca formada por dos trozos de corteza. Son tres tripulantes: dos hombres jóvenes y un viejo que maneja el timón. Rostros tristes, con marcado perfil mongólico. Visten andrajos y sus ojos inexpresivos miran con impasible lentitud a los blancos que se inclinan para observarlos. Nos producen una impresión penosa, de lástima. Son ellos los restos de una raza que afrontó en otro tiempo, en los canales, las más temerarias em-

presas. Ellos fueron los señores de esas regiones y recorrieron, como aun lo hacen hoy, distancias fantásticas en sus bongos o canoas en los cuales llevan su alimento, sus perros, el fogón siempre encendido y los utensilios de pesca. La canoa es el hogar y el refugio del alacalufe.

Estos indios están marcados por la lepra de la civilización, si así pudiéramos expresarnos. Esta lepra es el alcohol y las enfermedades que a través de contactos subrepticios les han inculcado los blancos cazadores de lobos. A pesar de que son recelosos y desconfiados y temen al blanco, se acercan a los costados de todos los barcos que cruzan esos canales para pedir ropas, cigarrillos y aguardiente. Especialmente el aguardiente y otras bebidas fuertes les agradan sobremanera. Los alacalufes conocen minuciosamente los laberintos de los canales que surcan en sus piraguas, aventurándose hasta los más remotos lugares. Saben en qué sitio se encuentra la mejor caza y en determinados períodos del año, en la primavera especialmente, abandonan las regiones en que habitualmente residen y se lanzan sorteando los huracanes y los vientos en sus frágiles embarcaciones. Viven largo tiempo, perdidos en las islas inhospitalarias alimentándose de mariscos y algunas aves. Salen al mar libre en sus débiles cascarones con una vela sucia y cuadrada que el viento hincha al modo de una pústula. Los vimos una tarde de viento sortear el oleaje alborotado que levantaba y sepultaba entre los tumbos, en las cercanías del Golfo de Penas,

su pequeña canoa. Impresionaba la indiferencia de esos seres, físicamente fuertes aún, semejantes a figuras de barro, inclinados sobre la embarcación, y que se dirigían hacia no sabíamos qué sitio desamparado de las costas.

Los blancos comerciantes en pieles supieron aprovechar la indiferencia de los alacalufes en punto a dinero. Los impulsaron al trueque de las pieles que ellos acumulaban en meses de caza, por una botella de aguardiente o un puñado de tabaco. A veces les daban algunas ropillas viejas con las cuales se cubrían el cuerpo desnudo. En los primeros tiempos, cuando era posible la cacería de animales en esas regiones se fabricaban con la piel de guanaco una especie de capa o se enrollaban en la cintura un trozo del mismo cuero. Pero luego la caza fué haciéndose cada vez más precaria.

El blanco astuto disputó también al alacalufe en los mismos sitios en que las nutrias tenían sus escondrijos, el derecho a ser ellos los primeros en aprovechar las pieles. Muchas veces las balas de los Winchester, perforaron el pecho de los infelices indios, arrojando luego sus cuerpos al fondo de los canales o bien, dejándolos allí entre los arbustos para que fueran pasto de las aves carniceras. Nadie descubriría jamás esos restos humanos, que por lo demás no pertencían a hombres de raza blanca. Para justificar estas depredaciones sanguinarias, se dijo que los alacalufes eran

antropófagos y que en donde encontraban a un blanco lo atacaban.

En Puerto Edén, algunos pescadores que viven cerca de la estación radiotelefónica del antiguo servicio aéreo, entre Puerto Montt y Punta Arenas, y que visitamos una tarde, nos contaron algunos pormenores de aquellos indígenas. Dijeron que habían algunas indias alacalufes, de atrayente figura que servían a la lascivia de los cazadores. Estas indias merodean en los bosques ribereños de las islas. Algunos chilotes o gente de otras regiones, se internan en aquellas zonas inaccesibles, levantan sus tiendas y permanecen allí solitarios durante algunos meses entregados a la pesca y a la cacería de lobos y nutrias. Cuando encuentran una india le ofrecen licores fuertes, las embriagan y luego violentamente las tumban sobre la tierra. Agregaron aquellos pescadores que muchas de esas indias enfermaron de dolencias para ellas desconocidas. Enfermedades de la civilización que se recogen en los lupanares de los puertos. Las indias terminaron por habituarse a este contacto y algunas de ellas vagaban por los desiertos isleños en busca del excitante alcohólico. Habían aprendido ya el arte de la prostitución en plena naturaleza. En Punta Arenas, según dijeron, vivía como pupila en una casa de prostitución, una de estas indias alacalufes. Morena, de crenchas renegridas, de ojos vivos, con un rostro muy simpático, hacía su comercio sin recordar ya el mundo primitivo

y agreste de los antepasados, cuya extinción era cada vez más notoria.

El relato del comodoro Byron

John Byron formaba parte como oficial de la tripulación de la barca *Wager*, de la escuadra de Lord Anson que naufragó en 1741, en las cercanías del Golfo de Penas. Su relato patético describe las penurias infinitas y terribles que padecieron en las islas abandonadas del archipiélago de Guayeneco y su encuentro con los alacalufes. Ocurría esto, en mayo de ese año, es decir, casi dos siglos atrás, cuando esos indios no habían sido exterminados y vivían como dueños absolutos de aquellas regiones. Una mañana en que Byron y sus compañeros se encontraban entregados a la faena de salvar un bote de entre los restos del barco hundido, vieron aparecer tres canoas tripuladas por indios. La pupila penetrante del comodoro, observó con singular precisión a los recién llegados y en su relato dejó algunas páginas que creemos de importancia transcribir.

«Pasó un tiempo— dice—antes de que lográsemos que desecharan sus temores y se acercaran a nosotros, a lo que al fin se resolvieron, en vista de las señales de amistad que les hicimos y del ofrecimiento de algunos objetos que aceptaron, dejándose conducir donde el capitán que les hizo también algunos presentes. Quedaron extrañamente sorprendidos de su novedad, pero el asombro fué mayor cuando les presentamos un espejo:

el que lo tenía no podía concebir que fuera su propia cara la que se reproducía. sino la de otro individuo, a quien se puso a buscar dando vueltas detrás del espejo.

«Estos individuos eran de baja estatura, muy morenos y llevaban largos cabellos negros muy tiesos, que les colgaban a lo largo de la cara. Por su gran sorpresa y por todas sus maneras, era evidente que no sólo no tenían en su poder cosa alguna que procediese de los blancos sino que jamás habían visto tal raza. Su vestido consiste únicamente en un pedazo de piel de algún animal que les cubría la cintura y en una especie de tejido de plumas sobre los hombros. Y como no proferían palabra alguna de cualquier idioma que hubiesen oído antes, ni tenían ningún método para hacerse entender, presumimos que no podían haber tenido jamás trato con europeos. Estos salvajes, que al irse nos dejaron algunos mariscos, regresaron a los dos días, trayendo consigo unas tres ovejas. Es difícil darse cuenta cómo se procuraron estos animales en una parte del mundo tan distante de toda colonia española, aislados de toda comunicación con los españoles, por una costa inaccesible y un territorio estéril. Lo que hay de cierto es que no volvimos a ver animales de esa especie, ni oímos hablar de ellos desde el Estrecho de Magallanes hasta las inmediaciones de Chiloé; es probable que por algún extraño accidente cayeran en poder de los salvajes, cosa que nunca pudimos saber de éstos. En esta entrevista trocamos con ellos uno o dos perros que nos comimos asados. A los po-

cos días después, nos hicieron otra visita, trayendo a sus mujeres y después de compartir con nosotros la habitación por algunos días, volvieron a dejarnos».

Añade Byron, páginas más adelante de su extraordinario y emocionante relato, que los indios volvieron una vez más al sitio en donde él y sus compañeros soportaban las más duras penurias: . . . «Traían consigo —expresa— sus mujeres e hijos, en todo cincuenta personas que inmediatamente se pusieron a construir sus chozas y parecían muy bien avenidos con nosotros; y nos habrían prestado un gran servicio, de que necesitábamos para nuestro sustento, porque eran más o menos cien individuos, si los hubiéramos tratado como debíamos; pero los hombres que se hallaban ahora bajo poca o ninguna vigilancia, trataron de seducirles a sus mujeres, lo que ofendió de tal manera a los indios que en poco tiempo hallaron modo de marcharse llevándose todo consigo; y como sabíamos la causa, no esperamos volver a verlos otra vez . . . »

Había, pues, en aquellos indios una delicadeza respecto de la mujer que difícilmente pudo mantenerse incólume a lo largo de la civilización. El blanco, así fuera conquistador o cazador de nutrias, jamás hizo amago alguno de respeto a la india alacalufe. Extraño sería que la respetara en la actualidad, cuando la tribu carece de fuerza, ha sido dispersada y los vicios que la civilización ha sembrado entre los indios, los han debilitado y convertido en miserables despojos humanos . . .

Por lo demás, nada hay en ellos, que permita fijar

los signos externos de una raza cultivada y nada existe en los vastos dominios de las islas que acredite la existencia de un pueblo constructor. No hay restos de monumentos o de casas. Ni siquiera utensilios que muestren la huella de una preocupación artística. La errancia fué la única característica de esa tribu. El canal y la sugestión del mar, infundieron en estos indios el amor al nomadismo. Desde el Golfo de Penas al Seno de Ultima Esperanza, desde los canales del archipiélago Guayaneco a Otway, Skiring y al laberinto del Estrecho de Magallanes; pasando por las islas y refugios de la Patagonia occidental, los alacalufes no dejaron otro vestigio de su paso que la huella pronto desvanecida de sus canoas sobre el agua profunda. Vivieron siempre la etapa primitiva de la recolección que es el signo de las razas embrionarias, a las cuales sólo estimula el instinto de la propia conservación. La pesca y la caza para alimentarse, y la lucha con las tribus vecinas que ocupaban otras regiones del mismo territorio.

Tal vez una partícula misteriosa del alma de remotos antepasados les advirtió que no había para ellos otro género de existencia que el vagar continuo sobre la incierta superficie de los canales y a lo largo de esas tierras frías e inclementes; estériles en su mayor parte y pobladas de bosques pantanosos y sendas torcidas. En algunas cavernas sombrías del interior de las islas, dejaron sobre parihuelas los cadáveres alineados de sus muertos. Cementerios primitivos, abrigados de las llu-

vias incesantes debajo de los bosques, inaccesibles al ojo del blanco y difíciles de descubrir. Byron en su peregrinación trágica, encontró uno del cual hace una vívida descripción en su relato célebre.

Los escasos alacalufes que merodean hoy al costado de los barcos, son sucios y pestilentes. Y como solo viven en sus canoas, sus piernas se han atrofiado. Son cortas y delgadas y sus vientres hinchados como vientres hidróticos.

El explorador Juan de Ladrillero que recorrió en 1557 las islas y ensenadas del archipiélago de Guayanecas, dejó también en su diario, una página expresiva y elocuente que arroja una luz muy viva sobre la existencia de los indios de los canales. «La gente que hay en esta ensenada—dice—son indios pescadores de mediano cuerpo y mal proporcionados. No tienen sembreras, manteniéndose de pescados y mariscos y lobos marinos que matan y comen la carne cruda, o aves, cuando las matan y otras veces las asan. No tienen ollas, ni otras vasijas; ni se ha hallado sal entre ellos. Son muy salvajes y sin razón. Andan vestidos de los cueros de lobos y de otros animales, con que se cubren las espaldas, y caen hasta las rodillas, y una correa que les atan al pescuezo a manera de las liquiras (mantilla pequeña y cuadrada que los indígenas del septentrión de la América del Sud, llevan sobre los hombros) que traen los indios del Cuzco. Traen sus vergüenzas de fuera, sin ninguna cobertura. Son de grandes fuerzas. Traen por armas unos huesos de ba-

llena a manera de dagas, y unos palos, como lanzuelas mal hechas. Andan en canoas de cáscara de cipreces y otros árboles. No tienen poblaciones ni casas, sino que hoy aquí, mañana en otra parte, y donde quiera que llegan, llevan unas varillas delgadas, las cuales ponen en el suelo y con cortezas de árboles, que en las dichas canoas traen, hacen sus casillas chiquitas, a manera de ranchos en que se meten y reparan del agua del cielo y de la nieve».

No ha cambiado sino el atuendo, desde el día en que los encontró el célebre explorador español. Tan pronto en un sitio como en otro, viven una existencia miserable, en la errancia continua, en el vagar interminable, de una isla a otra, de un canal a otro, de un surgidero oculto a un golfo abrigado. Suelen verse alacalufes vestidos de marineros o de soldados. A veces llevan puesta una gorra deshilachada de almirante o de capitán de barco. Son los obsequios que les dan los marineros que los encuentran en sus cruceros de exploración. Un alacalufe según nos dijeron llevaba sobre su piel desnuda, un jaquét que le cubría hasta más abajo de las rodillas. Un viejo y tirillento jaquét con el cual el pobre indio, cubría su decrepita pres-tancia. También el signo de la civilización, aparecía raído y tapaba mal sus vergüenzas....

Nunca, en verdad, hubo una cruzada que salvara a esta gente de su vida vergonzante. Los misioneros no pudieron reducirlos y sólo algunos fueron convencidos y llevados a los sitios en que funcionaban las es-

cuelas de las misiones. No podían vivir la existencia pasiva. Algunos se escapaban y volvían al refugio de las islas abandonadas. Pero es incuestionable que sirvieron a los antiguos navegantes y prestaron útiles servicios a los exploradores de los canales. Ellos sabían cuáles eran las ensenadas profundas, los embarcaderos seguros, y los canales navegables. Tenían el secreto de las escolleras, el instinto del peligro oculto en los bajos traidores. Conocían el interior de las islas y las sendas que llevaban a los sitios en que era posible guarecerse. No siempre se mostraron pacíficos y tranquilos. Cuando podían atacaban a los blancos desprevenidos y devolvían venganza por venganza. Robaban a los que se descuidaban y muchas veces las lanchas de los pescadores desaparecían de los fondeaderos sin que jamás volviera a saberse de ellas. Es penoso y contrista el ánimo, contemplarlos ahora en su decrepita y roída humanidad. Están condenados a extinguirse lentamente igual que los troncos que se pudren en los pantanos de los bosques. Embrutecidos por el alcohol vagan en sus canoas y entregan su caza de lobos o de nutrias a los ávidos comerciantes que les ofrecen licores pestilentes y tabaco, a cambio de las ricas pieles que se disputan luego los mercados de todo el mundo.

A través del Canal Messier, enfilamos lentamente hacia las regiones que Darwin llamó «tierras malditas». El paisaje es hosco y el puño crispado de los cerros nos persigue y nos estrecha en cada instante.

De improviso el sol abre violentamente los pesados cortinajes de nieblas y enciende en fulgores apasionados el sueño blanco de la nieve. El horizonte se ensancha, en una llanura interminable, pero luego vuelve a cerrarse, sombrío y amenazante. Todo el paisaje es soledad, soledad honda y turbadora. Una soledad que sobrecoge el ánimo y angustia en su propia e inacabable desolación.

Todo es aquí áspero, duro, con la monotonía de la naturaleza despojada de humanidad. Darwin, no encontró sino vagas huellas humanas en medio de un silencio pavoroso. Remontó el curso de algunos ríos, se internó en las llanuras onduladas de la Patagonia y sólo pedreríos y yerbajos desmedrados le señalaron la ruta. El bautismo del hombre de ciencia quedó fijado como una maldición, y de este bautismo no pudo desprenderse esa tierra sino muchos años más tarde cuando el colonizador llegó a las costas del Estrecho y demostró que no hay naturaleza estéril ni llanos malditos, para la voluntad esforzada que se yergue sobre la soledad y el silencio hasta dominarlos y vencerlos. Darwin no conoció las epopeyas heroicas de los colonizadores sino la epopeya de los grandes exploradores que arribaron en frágiles navíos hasta las riberas desoladas de las tierras frías del Estrecho.

(Continuará)